

En la Eucaristía está Cristo verdaderamente presente (Segunda Parte)

Diego G. Passadore

Hay gente que, entendiendo con la razón la Palabra de Dios comentada antes, no puede llegar a creer que verdaderamente comemos Su carne y bebemos Su sangre en la Eucaristía. Ahora les invito a un diálogo de corazón a corazón para alimentarnos con la Palabra que se compartirá, menos razonado y más contemplativo. Abrirnos a la escucha, a tratar de comprender y dejarnos conmover por la belleza, la bondad y la verdad de Dios.

Para responder con la fe son necesarios la gracia de Dios y el auxilio interior del Espíritu Santo, y así mover nuestro corazón a aceptar gustosamente creer la verdad. Creemos libremente en la verdad revelada por la autoridad de Dios, aunque pueda parecer oscura a la razón y la experiencia humana. Porque la luz divina nos da la certeza que no conseguimos con la razón, abriéndonos los ojos del corazón (*Ef 1,18*).

San Pablo nos dice que la caridad todo lo cree (*1 Co 13,7*), por lo que creer en la revelación de Dios es corresponder amorosamente al amor filial e infinito de Dios por nosotros, sus hijos.

¿Palabras de vida eterna del Santo de Dios?

Tampoco pudieron creer muchos de los discípulos de Jesucristo: “Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: «Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?» Pero sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: «¿Esto os escandaliza? ¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?... «El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida... Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él. Jesús dijo entonces a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» Le respondió Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.»” *Jn 6,60-69*.

Jesucristo reafirma que sus palabras, aunque suenen duras al entendimiento humano, son vida. Son palabras de vida eterna del Santo de Dios.

Permanecer en Cristo y Cristo en mí

San Juan es el evangelista que habla de permanecer en el amor de Cristo, guardando su mandamiento de que nos amemos los unos a los otros como Él nos ha amado (*Jn 15,9-12*). Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud (*1 Jn 4,12*). “Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada.” *Jn 15,4-5*. Como ya vimos, también el comer Su carne y beber Su sangre nos ayuda a permanecer en Cristo y a Cristo en nosotros: “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él” (*Jn 6,56*).

Los discípulos de Emaús reconocen a Cristo en la fracción del pan

Los discípulos de Emaús —Cleofás y el propio Lucas, según algunos— no reconocen a Cristo en el camino cuando les explica las escrituras, sino que recién lo reconocen en la fracción del pan en la asamblea de ellos tres: Jesucristo está verdaderamente en el pan bendecido por él. Primero les explica las escrituras, luego les comparte su cuerpo en el pan: las dos cosas van juntas. Esta es la misma expresión que Lucas utiliza en múltiples ocasiones en *Hechos*, por lo que, sin duda, alude a la Eucaristía. Ver *Lc* 24,25-35.

La Palabra de Dios y la Eucaristía juntas en las Asambleas

Como en el episodio de los Discípulos de Emaús, en este pasaje San Pablo primero explica las escrituras y luego se comparte la Eucaristía: “El primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan, Pablo, que debía marchar al día siguiente, conversaba con ellos y alargó la charla hasta la media noche. Había abundantes lámparas en la estancia superior donde estábamos reunidos. Un joven, llamado Eutico, estaba sentado en el borde de la ventana; un profundo sueño le iba dominando a medida que Pablo alargaba su discurso. Vencido por el sueño se cayó del piso tercero abajo. Lo levantaron ya cadáver. Bajó Pablo, se echó sobre él y abrazándolo dijo: «No os inquietéis, porque está vivo». Subió luego; partió el pan y comió; después platicó largo tiempo, hasta el amanecer. Entonces se marchó” *Hch* 20,7-11.

Los primeros cristianos comulgaban con Cristo diariamente

Aunque los católicos vamos a misa por lo menos los domingos, ya los primeros cristianos comulgaban con Cristo diariamente con alegría y sencillez de corazón: “Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón” *Hch* 2,46.

La Prefiguración de la Eucaristía, la que es anticipo de las Bodas del Cordero

El pan y el vino bendecidos que Melquisedec —rey y sacerdote— ofreció a Abraham (*Gn* 14,18-20) prefiguran la Eucaristía porque anticipan el sacrificio y el sacerdocio eterno de Jesucristo (*Sal* 110,4), Rey de Reyes y único Sumo Sacerdote del santuario verdadero.

A su vez, la Eucaristía es la participación anticipada del banquete de bodas del Cordero: «Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero.» (*Ap* 19,9). Expresión que —sumando que el Cordero de Dios quita el pecado del mundo— se proclama en cada misa justo antes de comulgar con Cristo. Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, “recapitulados” en Cristo, también participan en el servicio de alabanza de Dios y en la realización de su designio: las potencias celestiales, toda la Creación, los servidores de la Antigua y de la Nueva Alianza, la Santísima Madre de Dios, y “una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas” (*Ap* 7,9).

Comer el pan y beber la copa del Señor dignamente

Debemos recibir dignamente el Cuerpo y la Sangre del Señor, purificados de nuestros pecados, sin distracciones ante nuestro Dios y creador, con la mayor reverencia, recogimiento, gratitud y adoración ante la enormidad del sacrificio eucarístico, ante el sacramento del Amor filial, aunque estén veladas su divinidad y su humanidad.

Veamos lo que nos dicen San Pablo y San Judas: “Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados. Mas, al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo. Así pues, hermanos míos, cuando os reunáis para la Cena, esperaos los unos a los otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que no os reunáis para castigo vuestro. Lo demás lo dispondré cuando vaya.” *1 Co 11,26-34.*

“Estos [impíos] son una mancha cuando banquetean desvergonzadamente en vuestros ágapes y se apacientan a sí mismos; son nubes sin agua zarandeadas por el viento, árboles de otoño sin frutos, dos veces muertos, arrancados de raíz; son olas salvajes del mar, que echan la espuma de su propia vergüenza, estrellas errantes a quienes está reservada la oscuridad de las tinieblas para siempre.” *Judas 1,12-13.*

Por eso, al principio de la misa, realizamos comunitariamente el acto penitencial mediante una fórmula de confesión general, pronunciada en primera persona del singular. Cada uno confiesa a Dios y a los hermanos «que ha pecado en pensamiento, palabras, obra y omisión». Esto favorece la actitud con la que disponerse a celebrar dignamente los santos misterios, o sea, reconociendo delante de Dios y de los hermanos nuestros pecados, que somos pecadores (*Lc 18,10-14*).

Como la misa es una celebración litúrgica y la Eucaristía es la participación anticipada del banquete de bodas del Cordero, tenemos que tener traje de boda para comulgar a Cristo, como nos recuerda el propio Cordero: “El rey entró a ver a los invitados y notó que había uno que no llevaba traje de boda, le dice: “Amigo, ¿cómo llegaste aquí sin traje de boda?” Lo llamaron. Entonces el rey dijo a los siervos: Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de fuera; allí estará el llanto y el rechinar de dientes” *Mt 22,11-13.*

Comer la Cena del Señor en la Unidad de un solo Cuerpo y en Paz

La Asamblea cristiana ha de ser en Unidad y Paz, no para andar comiendo comida propia sino el Cuerpo del Señor: “Y al dar estas disposiciones, no os alabo, porque vuestras reuniones son más para mal que para bien. Pues, ante todo, oigo que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones, y lo creo en parte. Desde luego, tiene que haber entre vosotros también disensiones, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros. Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga. ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Alabaros? ¡En eso no los alabo!” *1 Co 11,17-22.*

San Pablo nos recuerda que somos un solo cuerpo donde Cristo es la cabeza: “Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan.” *1 Co* 10,17; “Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros.” *Rm* 12,4-5. “Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos.” *1 Co* 1,18-20.

En la misa se da la paz un poco antes de distribuir la Eucaristía, un signo de gran valor (*Jn* 14,27), en el que la Iglesia pide a Dios el don de la paz y la unidad (*Mt* 5,23-24) para sí misma y para toda la familia humana.

Mártires de la Eucaristía

Esta fe de que en la Eucaristía comemos realmente Su carne y bebemos Su sangre, que además es un mandato de Cristo, nos ha sido transmitida por la Iglesia, y hay testigos elocuentes de esta verdad que llegaron al martirio. Un ejemplo es San Tarcisio, un joven de unos 12 años que en el año c. 257 llevaba la Eucaristía a cristianos encarcelados durante la persecución del emperador Valeriano, pero fue interceptado y lapidado hasta la muerte por jóvenes paganos, al negarse a entregar un sagrario con la Eucaristía que llevaba en su pecho.

Porque me has visto has creído

Para quienes necesitan un milagro visible para creer, existen múltiples milagros eucarísticos documentados y estudiados científicamente. Por ejemplo, el de Lanciano, Italia del siglo VIII: un presbítero atravesaba una crisis de fe y dudaba de la presencia real de Cristo en la Eucaristía; en el momento de la consagración, la Hostia se transformó visiblemente en un trozo de carne viva y el Vino consagrado se convirtió en sangre; un estudio científico de 1970-71 determinó que la carne es tejido muscular de corazón humano, y la sangre fue identificada como humana, del tipo AB.

Otro milagro visible son las personas que se alimentan de una sola cosa: la Eucaristía, verdadera comida y verdadera bebida. No comen alimento ni beben agua, apenas unos gramos de pan y un sorbo de vino para el no creyente. Por lo tanto, no deberían vivir más que unas semanas. Pero estos místicos viven decenas de años sólo comulgando la Eucaristía. Algunos ejemplos de inedia mística son Santa Ángela de Foligno, Santa Catalina de Siena y, más recientemente, la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, la Venerable Marthe Robin y la Sierva de Dios Floripes Dornella de Jesús (“Lola”, brasileña fallecida en 1999).

Dichosos los que no han visto a Cristo en la Eucaristía y han creído

Santa Juliana de Cornillon, en el siglo XIII, en una época de frialdad, apatía y escepticismo sobre si Cristo estaba verdaderamente presente en la Eucaristía, tuvo una visión en la que Cristo le mostraba que faltaba una fiesta litúrgica dedicada exclusivamente a adorar, reparar y celebrar de manera pública la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Años después de la muerte de Juliana, se extendió la Solemnidad del *Corpus Christi* a toda la Iglesia en 1264.

Pongamos en práctica la enseñanza de Cristo de permanecer en Él comiendo Su carne y bebiendo Su sangre, culmen de su anonadamiento y cercanía, aunque para ello tengamos que purificar nuestra razón fría, apática y escéptica, en pos de abrir los ojos de nuestro corazón: un corazón bien dispuesto vence nuestra resistencia a la Verdad, correspondiendo al Amor filial de Dios por nosotros, sus hijos.

Les propongo trascender el rito visible de la misa para —con gran recogimiento y gratitud— contemplar y adorar la Gloria de Dios en el Misterio de la Eucaristía que comemos y bebemos, para tener vida en nosotros, permanecer en Él y Él en nosotros y vivir para siempre por Él.